

Sobre memoria e historia en Sebald y Benjamin.

Rodrigo Díaz Esterio*

A modo de introducción

La obra de ensayística del escritor Alemán W. G. Sebald “Sobre la historia natural de la destrucción”, y específicamente la parte de “Guerra Aérea y literatura”, esta cruzada por una serie de consideraciones con respecto al rol que jugó la literatura Alemana posterior a la segunda Guerra Mundial, particularmente como en esta hace eco una imposibilidad para tratar el trauma, la imposibilidad de la narración de este (como el que siguió al bombardeo de ciudades como Hamburgo, Worms y Berlín, así como a la aniquilación de sus poblaciones) por parte de los raids (bombardeos) aéreos de los aliados. Este será nuestro pie para considerar las implicancias tanto entre la política (como aquello que intenta delimitar un relato) y la representación literaria, y como esta se traduce en el cierre con respecto al trauma, el cierre con respecto a la memoria de dichos acontecimiento. Sebald tiene, así, claras ligas con la visión de la historia de Walter Benjamin, en que las catástrofes del pasado, el sufrimiento, la muerte y la devastación pasan a formar parte de la concepción cultural con que el espectador (o el lector, en este caso) perciben el peso del pasado, o como este es negado, y en su defecto tratado en forma fallida.

Sobre las tesis de la historia y el Historicismo.

Debemos abocarnos primero al término “historicismo” a sido puesto, y a menudo contradictorios usos. Por lo general remite su identificación con aquello que se le opone. En un sentido relativamente neutro remite a una creencia generalizada en el carácter histórico del conocimiento, en su uso más generalizado apunta a una creencia en la identidad inmanente de la verdad e historia de tipo Hegeliano; o una visión de orden empírica del conocimiento histórico, desarrollada por la Escuela Histórica Alemana, a finales del siglo diecinueve. Es esta segunda acepción la que predomina, simbolizada por historiadores como Ranke, en suma es una alegoría al objetivismo metodológico, que tiende al conocimiento absoluto de las cosas del pasado, es decir entendiéndolo como un todo, es decir como un proceso de carácter teleológico.

* Estudiante Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

La tesis A (penúltima de las tesis), trata sobre la crítica de la causalidad histórica, apunta a la naturaleza de esta nueva concepción: “El historicismo se conforma con establecer el nexos causales entre momentos distintos de la historia. Pero ningún hecho, como causa, es ya histórico. Lo será póstumamente a través de los acontecimientos que pueden estar separados de él por milenios. El historiador que parte de este supuesto no dejará que la sucesión de acontecimientos corra por sus dedos como si fuera un rosario. Él aprehende la constelación en la que su propia época anterior ha entrado en contacto con una determinada época anterior. Funda, entonces un concepto de presente como “tiempo ahora” (Jetztzeit), en el cual se incrustaron las astillas del tiempo mesiánico” (Benjamin et al., 2009: 152). La crítica benjaminiana no apunta al principio de causalidad en sí mismo, sino que reprocha al historicismo que traspase al plano de la historia el modelo de la causalidad mecánica, en el que la causa de un efecto debe ser inmediatamente anterior a éste en la cadena temporal. El que se establezca un vínculo de causalidad entre dos acontecimientos sucesivos no es creador en sí de inteligibilidad histórica. Ésta solo puede proceder del encuentro entre un momento del pasado y un momento del presente, el mismo en el que se emplaza el historiador “como (un) episodios de rebelión, los breves instantes que salvan un momento del pasado y producen a la vez interrupción efímera en la continuidad histórica, una ruptura en el corazón del presente” (Löwy et al., 2005: 161).

La trama que constituye el nodo principal para Benjamin con respecto a la historia, no versa tanto sobre la naturaleza de los procesos históricos sino sobre su representación, el modo en que un caos de acontecimientos se hace evidente e inteligible, es decir narrable. En este sentido, puede afirmarse que la historia se construye en el acto mismo de relatarla, y que este relato, en el que el pasado se convierte en historia, se constituye y obedece al presente del historiador. Benjamin no incurre en la ilusoria y engañosa pretensión de reconstruir el pasado desde un presente neutro que vuelve la vista atrás y se cree capaz de aprehender aquello que “fue”, y “tal como fue”, pues la imagen del pasado sólo puede llegar hasta nosotros a través del relato que hacemos desde la instancia de presente: el historiador por tanto se enfoca a la exégesis, a la interpretación.

Es pertinente tomar en consideración la crítica benjaminiana contenida en *Sobre el lenguaje en general y el lenguaje de los hombres* (Benjamin et al., 1984), para avanzar en la urdimbre que constituye la visión de la historia para el autor. En Benjamin la forma de todo lenguaje es la forma de la traducción, del lenguaje de las cosas al lenguaje de los hombres, aquí lo que se agrega en la traducción, de un lenguaje imperfecto a uno cercano a la perfección (a lo divino), la traducción implica una continuidad en la transformación, el elemento de la transformación, lo que se agrega es el conocimiento, se recoge el lenguaje mudo y se lleva a uno vocal, este lenguaje de las cosas solo puede pasar al lenguaje del conocimiento mundano por medio de la traducción. En el conocimiento vemos el por qué Benjamin plantea la distancia entre lo profano y lo divino, el conocimiento del creador con respecto a la cosa, y el profano en tanto conocimiento de algo exterior con respecto a la cosa en sí. Es aquí donde la pérdida de esta característica del conocimiento mundano exterior sobre la cosa, se constituye como un movimiento irrestricto de unilateralidad sobre esta, como un imperativo del conocimiento humano.

El asumir una línea de continuum irrestricto entre lo divino y lo profano es olvidar la mediación, es este el movimiento de la concepción del convencionalismo burgués en el lenguaje, la cosa es reducida a sus características para otros, se asume una correspondencia entre ser y lenguaje en lo profano. La crítica de Benjamin con respecto a la visión convencionalista, se define como “El pecado original (que) tiene una triple significación respecto a la entramado esencial del lenguaje [...] Dado que el ser humano se extrae de la pureza del lenguaje del nombre, lo transforman en un medio; de hecho en un conocimiento no adecuado, y que, por consiguiente, convierte parcialmente el lenguaje en mero signo” (Benjamin et al., 1991: 71), el hombre abandona la palabra de la inmediatez divina con respecto a las cosas, para reemplazarla por la palabra con carácter de mediación para aprehender las cosas y comunicarlas bajo un nombre. Por medio de este ejercicio de subordinación instrumental del lenguaje se construye aquella “visión confortable y perezosa de la historia como “progreso” ininterrumpido” (Löwy et al., 2005: 76). Ello tiene una consideración sobre el carácter de aquello que nos lega la producción historicista, dado que “No hay nunca un documento de la cultura no sea, a la vez, uno de la barbarie. Y así como el documento no está libre de la barbarie, tampoco lo está el proceso de transmisión por el cual a pasado [...]” (Benjamin et al., 2009: 138).

Frente a este carácter de transmisión de la historia, Benjamín establece que cada época histórica, posee un carácter específico e irreductible: no existe una relación causal que ligue una con otra, sino que deben entenderse como unidades independientes. Lejos esta Benjamin de la visión de la historia hegeliana, que se expone en forma de un continuo lineal en el que se proyecta una dialéctica inmanente al espíritu humano, se opone a ello un planteamiento de la historia como una serie discontinua de fenómenos originales que pueden aparecer en una multitud de líneas temporales independientes, En este sentido, coincide con el propósito de la genealogía de “ percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona; encontrarlos allí donde menos se espera [...], captar su retorno, pero en absoluto para trazar la curva lenta de una evolución, sino para reencontrar las diferentes escenas en las que han jugado diferentes papeles; definir incluso el punto de su ausencia, el momento en el que no han tenido lugar” (Foucault et al., 1997: 12). Dicho movimiento esta claramente expresado en la Tesis XIV: “La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no está constituido por el tiempo homogéneo y vacío, sino por un tiempo repleto de ahora (Jetztzeit). Así, para Robespierre, la antigua Roma era un pasado cargado de ahora, que él arrancaba del continuum de la historia. La Revolución francesa se entendía a sí misma como una Roma que retornaba. Citaba a la Roma antigua de la misma manera que la moda cita un traje de otros tiempos. La moda tiene buen olfato para detectar lo actual sea cual sea el recoveco del pasado en el que esa actualidad se mueva. La moda es el salto del tigre al pasado. Sólo que tiene lugar en una arena en la que manda la clase dominante. El mismo salto, realizado bajo el cielo despejado de la historia, pasa a ser dialéctico, la revolución tal y como la entendió Marx.” (Benjamin et al., 2009: 146).

Este salto es la relación que la rememoración o “Eingedenken” (Benjamin et al., 2009: 152) que Benjamin expone en la tesis B, establece entre el presente y el pasado, no es en absoluto algo ineludible o necesario. Mediante esta se instituye una ligazón entre dos momentos del tiempo que, sin ella, no emergería y que, a decir verdad, no existe fuera de ella, los dos instantes que une la rememoración no tienen una relación causal ni relación de analogía; la actividad entre ellos no viene dada, se elige, o más bien se crea libremente. Es por medio de esta instancia, en la cual la composición de “[...] constelaciones, esos

momento arrancados a la continuidad histórica vacía, [...] [que son] concentrado de la totalidad histórica [...]” (Löwy et al., 2005: 152), por el cual presente elige su propio pasado, crea su propia historia. Lo que guía en este caso la relación con el pasado, es la voluntad de salvarlo, de arrancarlo del olvido. Y a la inversa, también el deseo de unir el presente a una tradición, de hacer revivir en él las esperanzas frustradas de las generaciones pasadas. Ya que como plantea Benjamin “Al igual que a casa generación anterior a la nuestra, nos fue otorgada una débil fuerza mesiánica, de la cual el pasado exige sus derechos. No hay que desatender con facilidad esta exigencia.”(Benjamin et al., 2009: 132).

El trauma, los silencios y ausencias

Dicha exigencia del pasado con el presente, compone una línea por la cual indagar la obra de Sebald, en particular su recolección de ensayos llamada Sobre la historia natural de destrucción, nuestra relación con dicho pasado, es una que solo puede componerse en el acto de recolectar, recuperar en forma de fragmentos un recuerdo (para este una instancia de peligro, en la que se juega la continuidad de su ausencia) cuya autenticidad está perpetuamente cuestionada, pues las ruinas, en la narrativa de Sebald, son ese espacio de interrupción, un espacio en el que la imaginación se compromete y transforma lo material, un espacio liminar en el que se sitúa el escritor, en donde el pasado y presente que apuntan a al carácter mediado de todo recuerdo y de toda escritura de la historia. “Resulta llamativo el silencio que reina sobre las ruinas. La falta de acontecimientos engaña” (Sebald et al., 2010: 75), la ruina, en este sentido, ilustra un trabajo de duelo, llama al lector a la tarea de la recolección que alberga los rastros del pasado.

Sebald al comienzo de su ensayo remarca la profunda marca que en él género este silencio, un silencio que no encuentra respuestas en aquellos que vivieron el trauma, ni en las obras literarias de los autores alemanes, ¿cómo adentrarse a la experiencia silenciada?, como el propio Sebald lo expone: “Aquella aniquilación hasta entonces sin precedentes en la Historia paso a los anales de la nueva nación que se reconstruía solo en forma de vagas generalizaciones y parece haber dejado únicamente un rastro de dolor en las conciencia colectiva [...] (Sebald et al., 2010: 14) . Entendemos la relación de tensión (autonomía y

cruce con lo social del arte) la cuestión, para ser más precisos con respecto a la pregunta que nos debemos formular, esta versa sobre ¿si la representación artística, en este caso literaria se constituyen como respuestas significativas a las preguntas sobre la experiencia? es decir si realmente “Los estratos básicos de la experiencia, que constituyen la motivación del arte, están emparentados con el mundo de los objetos del que se han separado” (Adorno, et al., 1984: 15). Esta relación de parentesco se nos muestra como esencial, ya que el análisis de Sebald nos muestra que la mayoría de la obras publicadas en los años posteriores adolecen, salvo excepciones, de una total falta de ligazón con respecto al mundo material, con la experiencia. Aquí se nos presenta un problema del orden de la representación del acto traumático, la cuestión moral que Sebald ve ligada al tema, la cuestión de la responsabilidad con respecto a retratar la destrucción y el trauma que genera esta, es una pregunta que nos parece legítimo incorporar, para ello se nos perdonara lo extenso de la siguiente cita del autor: “En un artículo que dedico Eliaz Canetti al diario del doctor Hachiya de Hiroshima, a la pregunta de qué significa sobrevivir a una catástrofe de esas proporciones se da la respuesta de que sólo se puede deducir de un texto que, como las anotaciones de Hachiya, se caracteriza por su precisión y responsabilidad. Si tiene sentido reflexionar acerca de qué forma de literatura es hoy indispensable para un hombre que sepa y comprenda, ésa es la forma [...] el ideal de lo verdadero, decidido en su objetivo [...], totalmente carente de pretensiones, se muestra ante la destrucción total, como el único motivo legítimo para proseguir la labor literaria. A la inversa, la fabricación de efectos estéticos o pseudoestéticos con las ruinas de un mundo aniquilado es un proceso en que la literatura pierde su justificación.” (Sebald et al., 2010, 62).

Sebald sabe de la dificultad y de los límites de la representación de la catástrofe, y en su obra se expresa su escepticismo ante la ficcionalización y la estetización, ya que esta es la “tentación de hacer desaparecer los horrores reales de su tiempo mediante el artificio de la abstracción y el vértigo metafísico” (Sebald et al., 2010, 59). Incluso célebres pintores de batallas navales como Sotreck, Van der Velde o De Louthembourg [...] no son capaces, pese a una evidente intención realista, de transmitir una impresión verídica de lo que debió de haber sucedido [...] La realidad del dolor sufrido y toda la labor de destrucción supera con mucho nuestra fantasía.” (Sebald et al., 2008, 91-92). Sebald aboga por un “[...] método literario [...] [que atienda a lo] documental y lo concreto (Sebald et al., 2010, 67-68) para

poder lograr una rememoración de este. Las anteriores consideraciones se nos muestra en la que épica que tuvo lugar en el proceso de reconstrucción de Alemania posterior a la segunda guerra mundial, este tuvo un carácter dual, tanto la supresión de la propia historia anterior, y que “[...] impidió de antemano todo recuerdo; mediante la productividad exigida y la creación de una nueva realidad sin historia, oriento a la población exclusivamente hacia el futuro y la obligo a callar lo que había sucedido.” (Sebald et al., 2010: 17). Un acallar que no tan solo implica a las víctimas civiles alemanas de la segunda guerra mundial, si no que más problemáticamente, un acallar lo sucedido de todo un periodo histórico. Ello llevo al olvido memorias y obras, que si bien no son de nuestro interés citar, si urge la siguiente cita de Sebald “[...] fueron excluidas de la memoria cultural [del panteón de objetos culturales] por que amenazaban atravesar el cordon sanitaire con que la sociedad había rodeado las zonas de muerte de las incursiones distópicas realmente ocurridas.” (Sebald et al., 2010: 104), frente al cual se lo contrapone el verdadero acto histórico, de rememoración el cual se entiende como “Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo tal como realmente ocurrió. Significa apoderarse de un recuerdo tal como fulgura en el instante de un peligro.” (Benjamin et al., 2009: 136), y este peligro es la exclusión, la ausencia que advierte benjamín en la tesis sexta.

Como vemos la relación de este tipo lectura como uno del panteón, se contrapone a una del tiempo como quiebre con la intención de una historia (en línea con el objeto moldeable aprehendido por la razón historicista) o negación de una historia, que se encuentra implícito en el proyecto de la reconstrucción Alemana de post guerra. Aquel movimiento de poner en jaque el relato dominante, se muestra como un tiempo-ahora donde el pasado se hace presente, se expresa en su particularidad, en otras palabras es el espacio-tiempo de la conjunción en un proceso de quiebre del continuum dominante. Lo que nunca fue escrito en la historia aparece, como algo reprimido y suprimido, como ausencia y silencio, como un acontecimiento que retorna, una y otra vez por segunda vez, al ahora de la rememoración; esa repetición que es transferencia del pasado olvidado.

Si tiempo-ahora es uno de la actualidad multilateral e integral, ello implica que el presente sea entendido en relación con la escritura, con el texto, como uno liberado de las ataduras

de la intención, en el cual habremos de leer lo que nunca fue escrito, es decir el pasado en su redención, presupone que lo que se traduce del texto, lo que se recupera del pasado no debe ser maltratado, no debe ser moldeado a golpes, para cumplir los imperativos de la regla de desarrollo de una historia universal. Es el momento mesiánico, el que hace saltar lo frágil, en un proceso de destrucción del relato dominante, de lo épico, y al pasarle a contrapelo el cepillo a la historia, es a contrapelo del sentido de violencia en la historia. En este peinar a contrapelo la historia, Sebald destaca los efectos de los bombardeos “[...] se cita a un psicólogo militar estadounidense que, basándose en conversaciones mantenidas después de la guerra en Halberstadt con supervivientes, tenía la impresión de que la población a pesar de su innato gusto por narrar, había perdido la capacidad psíquica de recordar, precisamente dentro de los confines de las superficies destruidas de la ciudad” (Sebald et al., 2010: 33), es decir estamos frente a la experiencia última de la modernidad, el trauma o shock al cual los supervivientes se vieron expuestos, es la experiencia de la modernidad en su estado puro, tal como lo plantea Susan Buck-Morss: “La comprensión benjaminiana de la experiencia moderna es neurológica. Tiene su acento en el *schock*. Aquí, como raramente en otras ocasiones, Benjamín confía en un hallazgo específico de Freud, la idea de que la conciencia es un escudo que protege al organismo frente a los estímulos - "energías demasiado grandes" del exterior, impidiendo su retención, su huella como memoria." La amenaza de esas energías es la del shock. Cuanto más habitualmente se registra en la conciencia, tanto menos habrá que contar con su repercusión traumática". Bajo tensión extrema, el yo utiliza la conciencia como un amortiguador, bloqueando la porosidad del sistema sinestésico (el yo en Freud), aislando así la conciencia actual del recuerdo del pasado. Sin la profundidad de la memoria, la experiencia se empobrece.”. El problema es que en las condiciones del shock moderno - los shocks cotidianos del mundo moderno- responder a los estímulos sin pensar se ha hecho necesario para la supervivencia.” (Buck-Morss et al., 2005: 187-188).

Este párrafo es de vital importancia, no tan solo nos liga con el tema de shock, como el trauma de la guerra, sino que como característica propia de la experiencia moderna, la antiguamente llamada neurosis de guerra, experimentada por soldados y civiles nos da pie para ligar ello con la cuestión de la validez o no de los relatos de los sobrevivientes, no es que Sebald tienda a negar la veracidad de estos, si no que comprende aquello que Benjamín

expone. Ello porque la necesaria forma de procesar el trauma por medio de la conciencia, se da por medio de la racionalización “[...] es su insuficiencia intrínseca, su notoria falta de fiabilidad, y su curiosa vacuidad, su tendencia a lo tópico, a repetir siempre lo mismo.” (Sebald et al., 2010: 88). Ello tiende un manto sobre cómo se articula la memoria, pero a la vez también como esta se articula en el espacio público, en la memoria compartida, en este caso en de la República Federal Alemana, es decir cómo se articula esta, en otro sentido que no sea el relato apolíneo de la reconstrucción del país, pero no tan solo ello, sino que también cómo se expresa literariamente. Dicho esto podemos clarificar el porqué de la metodología literaria que plantea Sebald, aquella de documentación, expuesta mediante una sobriedad casi ascética literaria, es un acto de respeto aquello silenciado como ausencia, es tal vez la imposibilidad de sondear, de escarbar en la trauma de aquellos sobrevivientes, por ello el autor se opone de manera tan vehemente a la “estetización” ramplona de lo que aconteció como desgarrador. Pero en Sebald el ocuparnos de estas experiencias, es una inquisición sobre: “La melancolía, el reflexionar sobre la infelicidad existente, no tiene nada en común, sin embargo, con el ansia de muerte. Es una forma de resistencia. Y, a nivel artístico, su función es por completo distinta de la simplemente reactiva o reaccionaria. Cuando, con la mirada fija, se repasan las cuentas para ver cómo ha podido ocurrir eso, se ve que la motricidad del desconsuelo y la del conocimiento son idénticamente ejecutivas. La descripción de la infelicidad incluye en sí la posibilidad de su superación.” (Sebald et al., 2005: 12-13), por que al igual que con Benjamin, solo con una mirada fija que ponga en cuestión la trama que permite dicha infelicidad contiene la posibilidad de su superación, en otras palabras “[...] en la representación de la felicidad late inalienablemente la de la redención. Lo mismo sucede con la representación del pasado, que se apropia de la historia.” (Sebald et al., 2009: 132).

Al igual que el “Angelus Novus” (Benjamin et al., 2009: 140) de la tesis novena de Benjamin, que no puede detener la tempestad del pasado ni despertar a los muertos y recomponer lo despedazado, el proyecto literario de Sebald tampoco puede aunque bien quisiera. Pero sí puede (al igual que el ángel de la historia), hacer una llamada a la comprensión, en la instancia de la lectura. Sin embargo, el mismo Sebald declara tener “plena conciencia de que mis desordenadas notas no hacen justicia a la complejidad del tema, pero creo que, incluso en esa forma insuficiente, permiten cierta comprensión del

modo en que la memoria individual, la colectiva y la cultural se ocupan de experiencias que traspasan los límites soportables” (Sebald et al., 2010: 86-87).

Ahora retomemos a Benjamín en mayor profundidad en lo que versa a la mediación. La invitación de Benjamín nos extiende, es hacia una mediación que no desconoce la derrota, el trauma, o los muertos, sino una en que la redención profana reconoce en el pasado ese valor de la derrota, de lo perdido. Es necesario abandonar el relato de una historia, de una época reificada con un halito de panteón, para avanzar en la idea fundamental que en la propia época está inscrita y a la vez negada, es esta otra historia, citando a Benjamin “El fruto nutricio de lo concebido históricamente tiene en su interior el tiempo como semilla fértil, pero reacia al gusto.” (Benjamin et al., 2009: 150). Esta historia otra, que contrapone el materialismo dialectico a la historia hegemónica (de talante utópico), la unidad del pasado es contenedora del futuro, en tanto redimida por el presente, la fuerza destructora de la interrupción revolucionaria se encuentra contenida aquí, es la interrupción mesiánica del devenir de los acontecimientos, es la chance revolucionaria de recordar y redimir el pasado, para hacer saltar un periodo histórico del curso homogéneo de la historia, por medio de eso reacio al gusto. Así pues, Walter Benjamin y W.G. Sebald comprenden que la relación entre historia y trauma solo puede ser tratada por medio de la construcción de la historia, representación de la historia, que nos permita arribar a una conciencia que tome en cuenta las ausencias y silencios, una conciencia movilizada por aquello reacio al gusto. Y aquello Sebald en una cita que clarifica como la ruina y el trauma cruzan nuestra existencias particular expone como ese instante, un momento en donde se compone la historia. En sus propias palabras: “Hoy sé que entonces, cuando estaba en el balcón de la casa de Seefeld, echado en el llamado moisés y miraba parpadeando el cielo blanquiazul, por toda Europa había nubes de humo en el aire, sobre los campos de batalla de la retaguardia en el Este y el Oeste, sobre las ruinas de las ciudades y sobre los campos de concentración.” (Sebald et al., 2010: 79).

Bibliografía

Adorno, Theodor 1984 (1969) *Teoría estética* (Madrid: Ediciones Orbis).

Benjamin, Walter 1998 (1916) “Sobre el lenguaje en general y el lenguaje de los hombres” en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos* (Madrid: Taurus).

Benjamin, Walter 2009 (1940) “Sobre el concepto de historia” en *Estética y Política* (Buenos Aires: Las cuarenta).

Buck Morss, Susan 2005 (1981) *Walter Benjamín, escritor revolucionario* (Buenos Aires, Interzona).

Foucault, Michael 1997 (1971) *Nietzsche, la genealogía, la historia* (Valencia: Pre-Textos).

Löwy, Michael 2005 (2001) *Walter Benjamin: Aviso de incendio* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).

Sebald, W.G. 2005 (1991) *Pútrida patria* (Barcelona: Anagrama).

Sebald, W.G. 2008 (1995) *Los anillos de Saturno* (Barcelona: Anagrama).

Sebald, W.G. 2010 (1999) “Guerra aérea y literatura”, en *Sobre la historia natural de la destrucción*, (Barcelona: Quinteto).